

EL ESPAÑOL EN EL MUNDO

Anuario del Instituto Cervantes · 2016

EL INSTITUTO CERVANTES CUMPLE 25 AÑOS

Sumario

I.	Lo que ha sido y lo que debe ser	11
II.	Sus directores	35
III.	El Instituto Cervantes y la enseñanza internacional del español .. <i>Dirección Académica del Instituto Cervantes</i>	63
IV.	El Instituto Cervantes y la difusión internacional de la cultura hispanica	143
	<i>Dirección de Cultura del Instituto Cervantes</i>	
V.	25 años de comunicación multimedia: tecnología, redes y desarrollo digital en el Instituto Cervantes	225
	<i>Dirección de Comunicación y Promoción del Instituto Cervantes</i>	
VI.	El Instituto Cervantes y la diplomacia cultural en España: una reflexión sobre el modelo	237
	<i>Emilio Lamo de Espinosa y Ángel Badillo Matos</i>	
VII.	El español y su expansión como lengua de comunicación internacional desde la creación del Instituto Cervantes	267
	<i>David Fernández Vítóres</i>	
VIII.	La mirada americana: el español y su expansión internacional ..	333
	<i>Adolfo Elizaincín</i>	
IX.	Reinventándose: la diplomacia cultural ante el siglo XXI	367
	<i>Javier Noya Miranda</i>	
X.	Crónica de la resonancia: los Congresos Internacionales de la Lengua Española, desde Zacatecas a Puerto Rico	391
	<i>Álex Grijelmo</i>	
XI.	Cronología del Instituto Cervantes: 25 años	421
	<i>Gabinete de Dirección del Instituto Cervantes</i>	
XII.	El Instituto Cervantes en el mundo	501
	<i>Gabinete Técnico de Secretaría General del Instituto Cervantes</i>	

El Instituto Cervantes en mantillas

Nicolás Sánchez-Albornoz

Director del Instituto Cervantes (13/09/1991-17/05/1996)

Como primer director del Instituto Cervantes me toca evocar, con gusto pero brevemente, los momentos cargados de ilusiones que siguen a todo nacimiento esperado, y los cuidados de los que el infante es acreedor mientras le ciñen las mantillas.

De su creación hace la friolera de un cuarto de siglo debo destacar, para empezar, que tuvo que instaurarse y asentarse la democracia en España para que el Instituto se fundara de acuerdo con los honrosos criterios aún vigentes. Vio la luz como empresa impulsada por el Estado español al servicio de los cientos de millones de personas que comparten el español en nuestro tiempo y que participan en la actividad cultural que tiene por asiento ese idioma de comunicación universal. Atrás quedaba el prejuicio, entonces bastante difundido, de que el español era privativo de los primeros hablantes de ese idioma y de que esa precedencia lingüística autorizaba a fijar su uso y a hacer caso omiso de las diferencias surgidas en el curso de su evolución y de su propagación.

La Real Academia Española de la Lengua es de reconocer que llevaba años defendiendo la unidad de la lengua frente a intentos esporádicos de fragmentarla en idiomas nacionales, en una réplica ilusoria de lo ocurrido en otra lengua madre, el latín.

Opuesta a la fragmentación, la Academia reivindicó el ejercicio compartido, principio prevaleciente en la actualidad.

El Instituto Cervantes, concebido pues para servir a la lengua y cultura comunes, y en coherencia con el régimen de puertas abiertas encomendado, renunció, en buena lógica, a desplegar representaciones en los países de habla hispana. Al revés, puso a la disposición de estos países los centros que el Instituto fue erigiendo en varios continentes. Compartir iniciativas no bastaba. Para que las naciones de raigambre hispana sintieran al Instituto Cervantes como propio, debían participar también en la planificación y en la evaluación de la ejecución del programa. Es así como figuras culturales americanas descollantes formaron, desde el primer instante, parte del Patronato, su máximo órgano rector. El Instituto nació pues bajo el signo inmarcesible de la fraternidad.

El día a día con el que tropecé al hacerme cargo de mi designación resultó de entrada menos vivificante y más pedestre que los sueños fundacionales. La aspiración necesitaba materializarse. Para empezar a trabajar, había que disponer de una sede. Una generosa oferta permitió echar a andar en pocas semanas en un edificio solariego restaurado en Alcalá de Henares, cerca de la capital y cuna de Cervantes. Para operar, había que equipar la sede de todo –de lápices a computadoras–, seleccionar al personal por su capacidad profesional específica y por la ilusión de su entrega al proyecto fundacional. Aún me veo sentado, a falta de mesa y silla, sobre una caja de cartón sin abrir, mientras un operario instalaba en mi despacho la primera línea de teléfono. Había que negociar después presupuestos, delimitar competencias con las ramas de la administración –fundamentalmente los ministerios de Asuntos Exteriores, Educación y Cultura– que habían desempeñado hasta entonces parte de las funciones que la ley traspasó al Instituto. Con estos departamentos había que fijar las bases no especificadas de una imprescindible cooperación en la acción exterior. Educación, por ejemplo, había encargado a la Universidad de Salamanca la certificación del conocimiento del español como lengua extranjera. Los centros del Instituto afuera se convirtieron por consiguiente en el colaborador indispensable para

la enseñanza y para las pruebas conducentes a un diploma de competencia idiomática, tarea a la que, me congratulo, se han incorporado ahora diversas instituciones hispanoamericanas. Por otra parte, los ministerios de Asuntos Exteriores, Educación y Trabajo habían improvisado centros en varios países antes de la creación del Instituto. En algunos de ellos se enseñaba el español, se certificaba su conocimiento y se celebraban, en ocasiones, actividades culturales; una labor sin duda meritoria, pero puntual, que no respondía a un plan educativo y cultural de conjunto, carente de personal profesionalizado y cohesionado. Centros más atentos a la persecución de objetivos políticos locales que a servir a los intereses lingüísticos y culturales de España y del mundo de habla española. La buena voluntad puesta hasta entonces en estas empresas parciales no bastaba ya. Urgía coordinar, prescindir de los centros ineficientes, apostar por los más representativos, ampliar la red a medio centenar de centros de prestigio y renovar instalaciones no siempre en buen estado, una tarea de dignificación imprescindible. Labor ardua, pero un Instituto Cervantes ya sin mantillas consiguió hacer notar pronto su presencia en el exterior. Cuando las circunstancias políticas aconsejaron mi relevo, el Instituto quedaba perfilado y encarrilado para una progresión acumulativa y sin tumbos. El necesario apoyo social y político quedaba asimismo asegurado y despejada alguna que otra incompreensión inicial.

Aún recuerdo, antes de terminar y como anécdota de la confusión de objetivos –que tampoco humanamente faltó–, una pregunta que me dirigió en el Senado un representante por Ciudad Real. Inquirió si el Instituto tenía prevista la restauración de la vivienda, venida a menos, que habitó Dulcinea en el Toboso. El senador seguramente había aprobado meses antes con su voto la creación del Instituto, pero no había llegado a entender todavía que la nueva institución no tenía por misión repartir honras, sino levantar un proyecto global y un tanto quijotesco en sus ambiciones, como viene haciendo sin descanso, cobijado bajo el manto de Cervantes.